

LA ISLA ENCANTADA

0.10
EN TODA LA
REPÚBLICA
Y EL DE TOR



ESSTA 40



00163295



LA ISLA ENCANTADA



CUENTO DE
CORDELIA

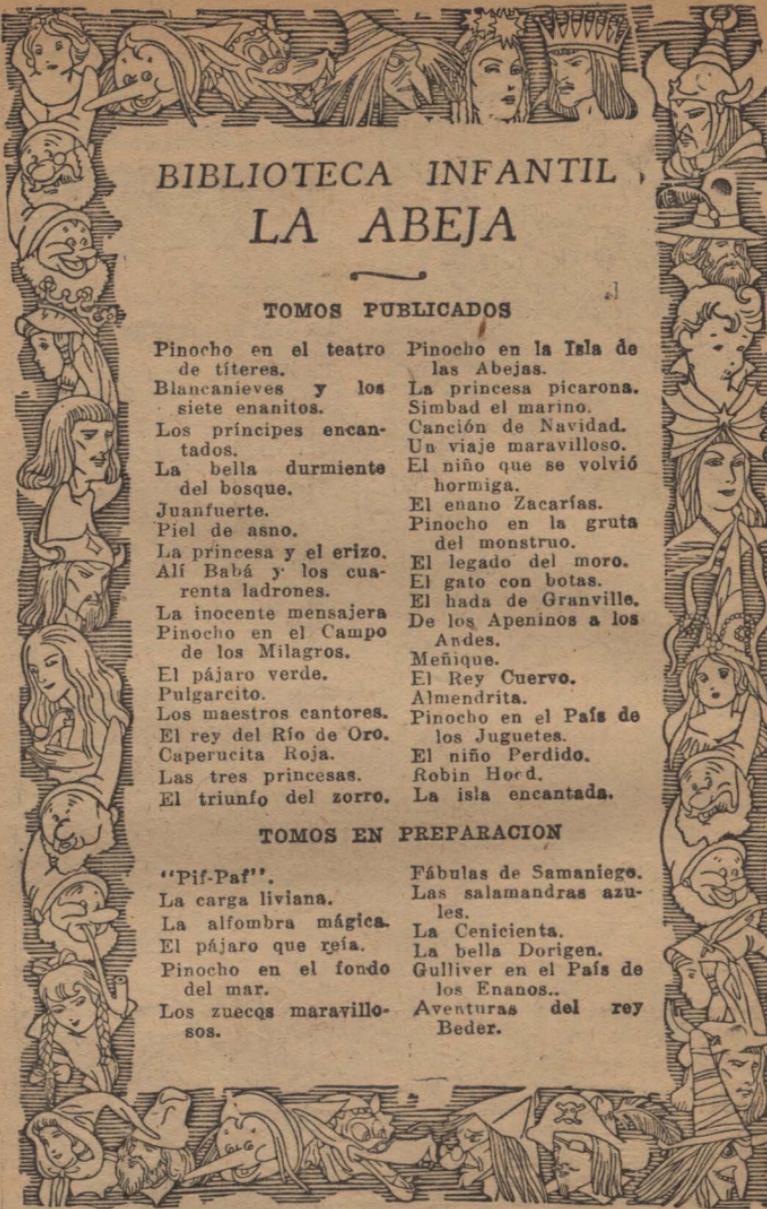


COSTA

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires



BIBLIOTECA INFANTIL LA ABEJA

TOMOS PUBLICADOS

- | | |
|--|-------------------------------------|
| Pinocho en el teatro de títeres. | Pinocho en la Isla de las Abejas. |
| Blancanieves y los siete enanitos. | La princesa picarona. |
| Los príncipes encantados. | Simbad el marino. |
| La bella durmiente del bosque. | Canción de Navidad. |
| Juanfuerte. | Un viaje maravilloso. |
| Piel de asno. | El niño que se volvió hormiga. |
| La princesa y el erizo. | El enano Zacarías. |
| Alf Babá y los cuarenta ladrones. | Pinocho en la gruta del monstruo. |
| La inocente mensajera Pinocho en el Campo de los Milagros. | El legado del moro. |
| El pájaro verde. | El gato con botas. |
| Pulgarcito. | El hada de Granville. |
| Los maestros cantores. | De los Apeninos a los Andes. |
| El rey del Río de Oro. | Meñique. |
| Caperucita Roja. | El Rey Cuervo. |
| Las tres princesas. | Almendrita. |
| El triunfo del zorro. | Pinocho en el País de los Juguetes. |
| | El niño Perdido. |
| | Robin Hood. |
| | La isla encantada. |

TOMOS EN PREPARACION

- | | |
|------------------------------|-------------------------------------|
| "Pif-Paf". | Fábulas de Samaniego. |
| La carga liviana. | Las salamandras azules. |
| La alfombra mágica. | La Cenicienta. |
| El pájaro que reía. | La bella Dorigen. |
| Pinocho en el fondo del mar. | Gulliver en el País de los Enanos.. |
| Los zuecos maravillosos. | Aventuras del rey Beder. |



ES PROPIEDAD.
Queda hecho el depósito
que marca la ley



LA ISLA ENCANTADA

I

El abuelo pobre



N un país remoto, vivía hace mucho, pero muchísimo tiempo, un hombre tan pobre, que la mayor parte de los días no tenía ni un pedazo de pan, cosa que lo afligía mucho, no tanto por él como por dos nietitos que tenía, llamados Negro y Blanquito.

Una noche en que tuvo que irse a la cama sin probar bocado, pues no habían quedado ni siquiera las migas de anteriores comidas, no podía conciliar el sueño, pensando en que al día siguien-

te la situación se agravaría, pues, como tenía que estar al cuidado de los niños, no iba a poder salir a buscar trabajo.

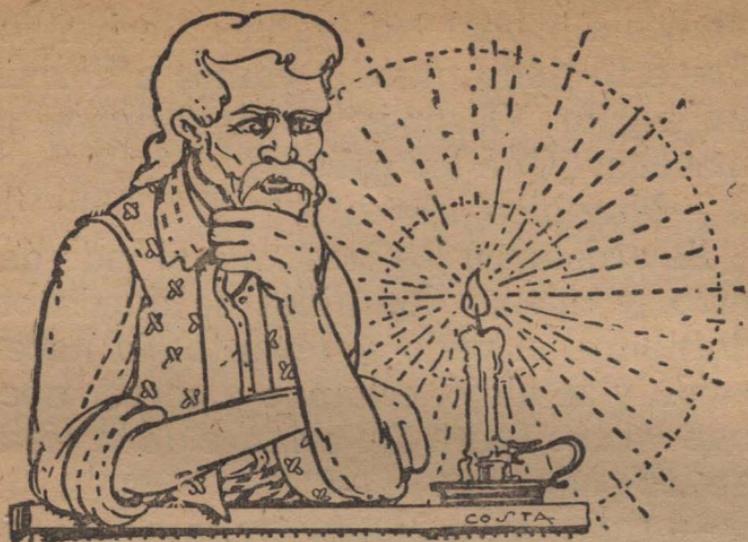
Pensando y pensando, al infeliz no se le ocurrió otra cosa que llevarse al día siguiente a sus nietos a lo más intrincado del bosque y abandonarlos a la voluntad de Dios. Y, para conformarse y justificar su condenable propósito, se decía:

—Si tengo a mis nietos, no puedo trabajar, y si no trabajo, no les puedo dar de comer... y yo tampoco como. Mejor los abandono, y así, por lo menos, me salvo yo. Además, es posible que algún hada buena, al verlos solitos y desamparados en el bosque, se compadezca de ellos y los tome bajo su protección.

Apenas la primera luz del día se filtró por las rendijas de la desvencijada ventana de su choza, el pobre hombre se levantó y, llamando a los chicos, les dijo:

—¡Vamos, levántense, que los voy a llevar de paseo!

—Qué lindo! —exclamaron los inocentes, mientras saltaban de la cama.



La mayor parte de los días no tenía un pedazo de pan..

Se vistieron alegremente, y salieron con su abuelo. Este, tomándolos de la mano, se los llevó lejos hasta dar con un bosque espeso y solitario.

Cuando estuvo en el lugar más recóndito, les dijo a sus nietitos:

—Hemos caminado mucho. Deben de estar cansados.

—Sí, abuelito —respondieron Blanco y Negro.

—¡Ya me parecía!... ¡Saben lo que

vamos a hacer? Nos vamos a echar sobre este lindo pasto y vamos a dormir un ratito. Después continuaremos la marcha. ¿Qué les parece?

—Muy bien, abuelito.

Se acostaron los tres, uno al lado del otro, y apenas los niños se quedaron dormidos, el viejo se levantó sin hacer ruido y se alejó, echando a correr apenas estuvo fuera del alcance de la vista de los pequeños.

—Ahora iré a buscar trabajo —se dijo—. De todas maneras, conmigo hubieran muerto de hambre.

Y prosiguió su camino hacia el pueblo sin derramar una sola lágrima.

II

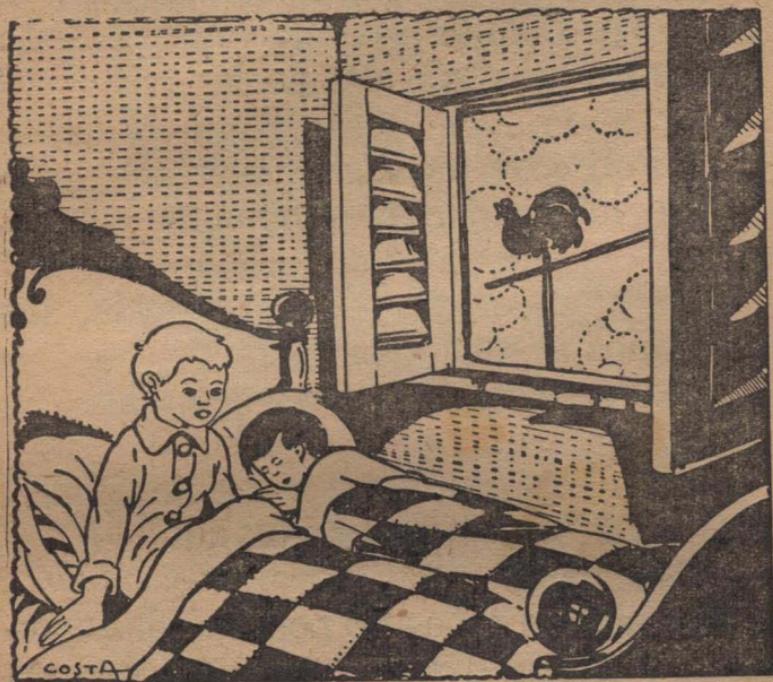
La noche en el bosque

Cuando los infelices abandonados se despertaron, lo primero que hicieron fué buscar a su abuelito, y al no encontrarlo se pusieron a llamarlo a gritos y entre sollozos. Y como la noche se venía

encima y el hambre que sentían era cada vez más espantosa, los sollozos se convirtieron pronto en amargo llanto.

Y seguían llamando a su abuelito. Y nadie contestaba.

Considerándose abandonados definitivamente abandonados y temiendo ser comidos por los lobos, echaron a correr para salir pronto del bosque que creían refugio de animales feroces.



Apenas la primera luz del día...

Cuando se cansaron, dejaron de correr y siguieron la marcha andando. Iban tomados de la mano, y cada vez la noche era más oscura y el bosque más espeso y más intrincado, con lo que la salida de aquel pavoroso lugar se volvía por momentos más difícil.

Perdida toda esperanza y rendidos de fatiga y de hambre, se sentaron al pie de un árbol, bien pegaditos uno con el otro. De pronto oyeron una vocecita suave y plañidera que decía:

—¡Pobre de mí! Estoy perdida...
¿No hay quién me salve la vida?

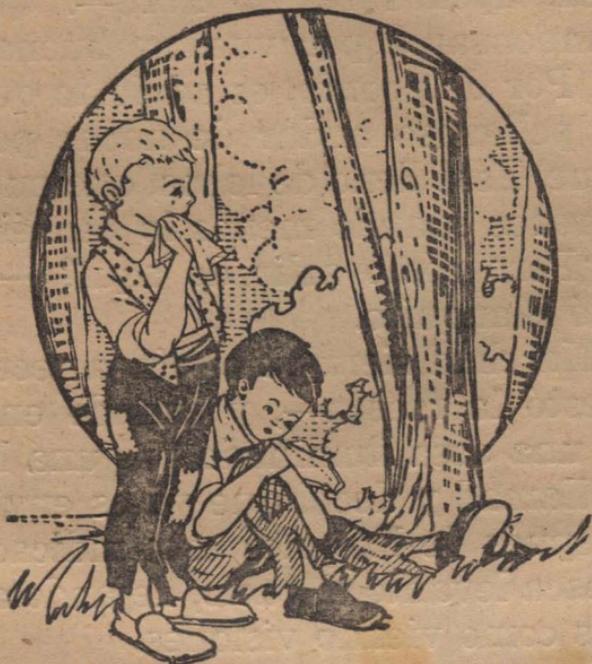
—¿Quién eres? —preguntaron los dos niños al mismo tiempo.
Y la vocecita volvió a exclamar:

—¿No hay quién me salve la vida?
¡Pobre de mí! Estoy perdida...

Los pobres niños no podían comprender de dónde salía aquella misteriosa voz. Miraron a su alrededor y no vieron

más ser viviente que una mosca que se debatía aprisionada entre los hilos de una tela de araña.

—Para mí que es la mosca —dijo Negro.



Y como la noche se venía encima...

—No puede ser nadie más —agregó Blanquito.

—Entonces, hay que salvarla.

—Sí; hay que salvarla.

Y con sus deditos rompieron la tela de araña y pusieron en libertad al insecto.

—Muchas gracias, chicos —les dijo la mosca, apenas se vió libre—. Quiero recompensaros por vuestra buena acción. Por de pronto, os advierto que es muy peligroso andar de noche por el bosque. Está lleno de lobos, que pueden devoraros cuando menos lo penséis.

—¿Pero cómo salir de aquí? —preguntó Blanquito.

—Marchad siempre en línea recta —contestó la mosca—, y cuando encontréis una casa iluminada por una lucecita, llamad y decid que yo os envío.

Después de hacerles esta indicación, la mosca levantó el vuelo, dejando a los chicos como viendo visiones.

III

La casa misteriosa

—Tengo miedo de los lobos —dijo Negro a Blanquito—. Vamos a seguir el consejo de la mosca.



Cuando se cansaron, dejaron de correr...



*Una mosca que se
debatía...*

—¡Eso es! Pongámonos en camino por donde dijo, y no paremos hasta que veamos la casa con la lucecita.

Y anduvieron, y anduvieron, y cada vez la noche era más negra y la selva más abrupta. Y la bendita luz no se veía por parte alguna.

Los dos estaban muertos de hambre y de cansancio, pero el miedo a los lobos los hacía seguir sin desfallecimiento.

Por fin, y cuando ya no podían más, vieron brillar a través del follaje una especie de estrella.

—Aquella debe de ser la lucecita de la casa —dijo Blanquito.

—Sí — agregó Negro—. Vamos en su dirección.

Y apresuraron el paso sin detenerse hasta encontrarse frente a la casa. Después de tomar ánimo, llamaron, y una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Somos Negro y Blanquito —contestaron los chicos—. Venimos de parte de la mosca.

La puerta se abrió inmediatamente, como por arte de encantamiento, y los dos hermanitos penetraron en una pieza muy bien iluminada. El ambiente era templado gracias a una estufa en la que chisporroteaba la leña. Una mesa colocada en el centro estaba tendida como para dos personas. Una comida rica y recién hecha se veía en una fuente colocada sobre el mantel. Pero, a pesar de tales preparativos, no había nadie en la habitación.

—¿Qué hacemos, si no hay nadie? — preguntó Negro.



La puerta se abrió inmediatamente.

—Pues comer —contestó Blanquito—. ¿No te das cuenta que todo esto es para nosotros?

—¿Y si, mientras comemos, vienen los lobos?

—No creo que vengan. La mosca no habrá querido engañarnos.

—Tienes razón. ¡Vamos a comer!

Se sentaron a la mesa, y devoraron, más que comieron, el contenido de la fuente. Luego se sirvieron fruta y pasteles que había en un aparador y, por último, se sentaron ante la lumbre.

Aunque estaban rendidos, los pobrecitos no se atrevían a dormir. El miedo a los lobos los mantenía despiertos. Pero los párpados se les cerraban; los sentían pesados como si fueran de plomo. Entonces decidieron dormir un rato uno y un rato otro, manteniéndose alerta el que le tocara estar despierto. Así lo hicieron, pero llegó un momento en que el que debía velar no pudo más, y los dos se quedaron dormidos como verdaderos troncos.

IV

Los obsequios del Hada

Recién cuando el gallo anunció el nuevo día se despertaron los dos hermanitos.

Apenas abrieron los ojos, notaron

con estupor que la casa, la lucecita, la mesa y el fuego, que tan felices los habían hecho la noche anterior, ya no estaban allí. Efectivamente, permanecían echados sobre el pasto en la cumbre de una montaña al pie de la cual había un mar cuya extensión se perdía en el horizonte. En medio de esa imponente inmensidad, vieron un enorme globo de fuego.

Pasado el estupor del primer momento, miraron a su alrededor y exclamaron al unísono:

—¿Dónde estamos?

—En las posesiones del hada Silvana —les contestó una jovencita linda como un rayo de sol, que apareció de pronto ante la encandilada vista de los niños.

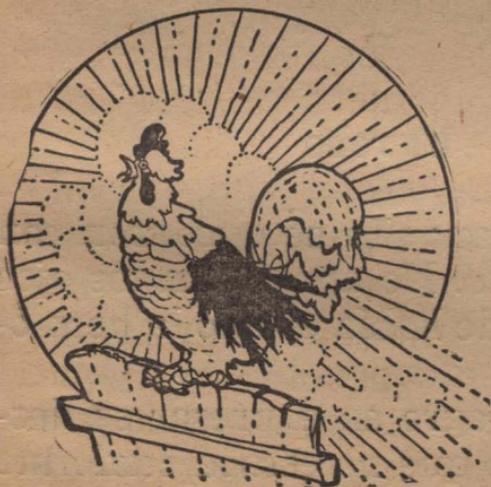
—¿Y aquél globo de fuego, qué es? —preguntó Blanquito, que era el más curioso.

—Aquello que parece un globo de fuego es la Isla Encantada —contestó la joven—. Se trata de un país donde reina siempre la paz y la felicidad. Pe-

ro está reservada para los que son merecedores de la dicha que ofrece.

—Sé tan buena como eres linda, y llévanos allí —le dijo Negro, que era el más pedigüeño.

—Ni mi poder ni el del hada Silvana alcanzan a tanto. Sin embargo, antes de abandonaros a vuestra suerte, mi dueña ha querido obsequiaros con dos objetos que me ha encargado os entregara. Tal vez ellos os guíen a la Isla Encantada. Pero, no debéis olvidar que así como sirven para ayudar a los buenos, también sirven para llevar a la perdi-



*Cuando el gallō
anunció el nuevo
día...*

ción a los malos. Estos son los regalos del hada. Mirad...

Y, diciendo así, la bella joven dejó caer a los pies de Blanquito una bola de oro, y a los de Negro, una cáscara de nuez.

—¿Qué debo hacer con esto? —preguntó Blanquito, levantando la bola.

—Debes conservarla bien —respondió la joven.

—¿Y qué haré yo con esta cáscara? —exclamó a su vez el otro niño.

—Debes seguirla —respondió la bella.

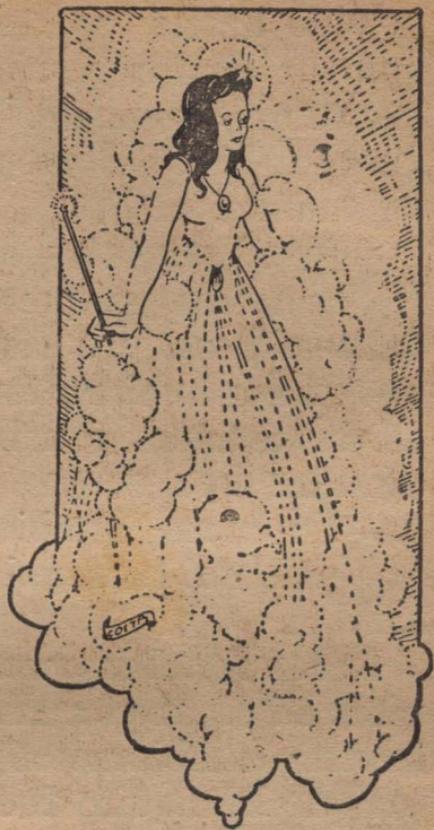
Y dicho esto, desapareció.

V

El robo

Negro y Blanquito se quedaron con la boca abierta. No apartaban los ojos del lugar donde había estado la hermosa joven.

No tardó Negro en expresar su descontento. Dijo que no estaba conforme



*En las posesiones
del hada Silvana.*

con que le hubieran dado a él un miserable cascarón de nuez, cuando a Blanquito le había tocado en el reparto nada menos que una bola de oro.

—¿Qué quieres que haga con esta cáscara? —le dijo a su hermano—. ¡Me dan ganas de tirarla quién sabe dónde!

—No hagas eso —le contestó Blanquito—. Uno debe siempre guardar lo que le han regalado. Yo no daría a nadie esta bola de oro por todo el dinero del mundo.

—¡Qué gracia! —contestó Negro—. No la darías porque es una cosa muy valiosa. Pero este cascarón de nuez...

—Si me hubiera tocado a mí el cascarón de nuez, igualmente lo hubiera agradecido.

—Entonces, cambiemos.

—¡Ah, no! Lo regalado no se da ni se cambia.

Desde aquel momento los dos hermanitos empezaron a andar mal, llegando hasta a cambiarse algunos golpes, de los que Blanquito fué el que salió más mal parado.

Después de comer algunas frutas silvestres, como ya era de noche, se tendieron sobre el pasto.

Blanquito se durmió en seguida, pero Negro no pudo pegar los ojos, pues deseaba realizar una mala acción, y estaba nervioso. Cuando vió que su her-



—Aquello que parece un globo de fuego es...

mano dormía profundamente, se le acercó despacio y le robó la bola de oro, colocando en su lugar la cáscara de nuez. Después se escapó a lo alto de la montaña, desde donde se puso a observar escondido entre unos arbustos, pues deseaba ver en qué terminaba todo aquello.

Con las primeras luces del día Blanquito se despertó, y al no ver a su hermano, se puso a llorar y a llamarlo, pues tenía miedo de los lobos.

Después introdujo la mano en el bolsillo para entretenerlo con la bola de oro y en lugar de ésta se encontró con el cascarón de nuez que saltaba continuamente. Comprendió en seguida la mala acción de su hermano, y no lo llamó más.

VI

Rumbo a la isla

Blanquito se dió cuenta que lo único que le quedaba en el mundo era el cas-



*Dijo que no esta-
ba conforme.*

carón, que no cesaba de bailar en su bolsillo. Y entonces dijo en alta voz:

—¡Cascarón de nuez! ¡Cascarón de nuez!

Y el cascarón de nuez salió del bolsillo y siguió saltando en el suelo. Viendo que le obedecía, le dijo el chico:

—Cascarón de nuez, quiero ir a la Isla Encantada.

Entonces el cascarón rodó por la ladera de la montaña y cayó al mar. Inmediatamente se fué haciendo grande, grande, hasta tomar la forma de un magnífico barco cuya tripulación la formaban unos enanitos vestidos de marineros, que decían, cantando:

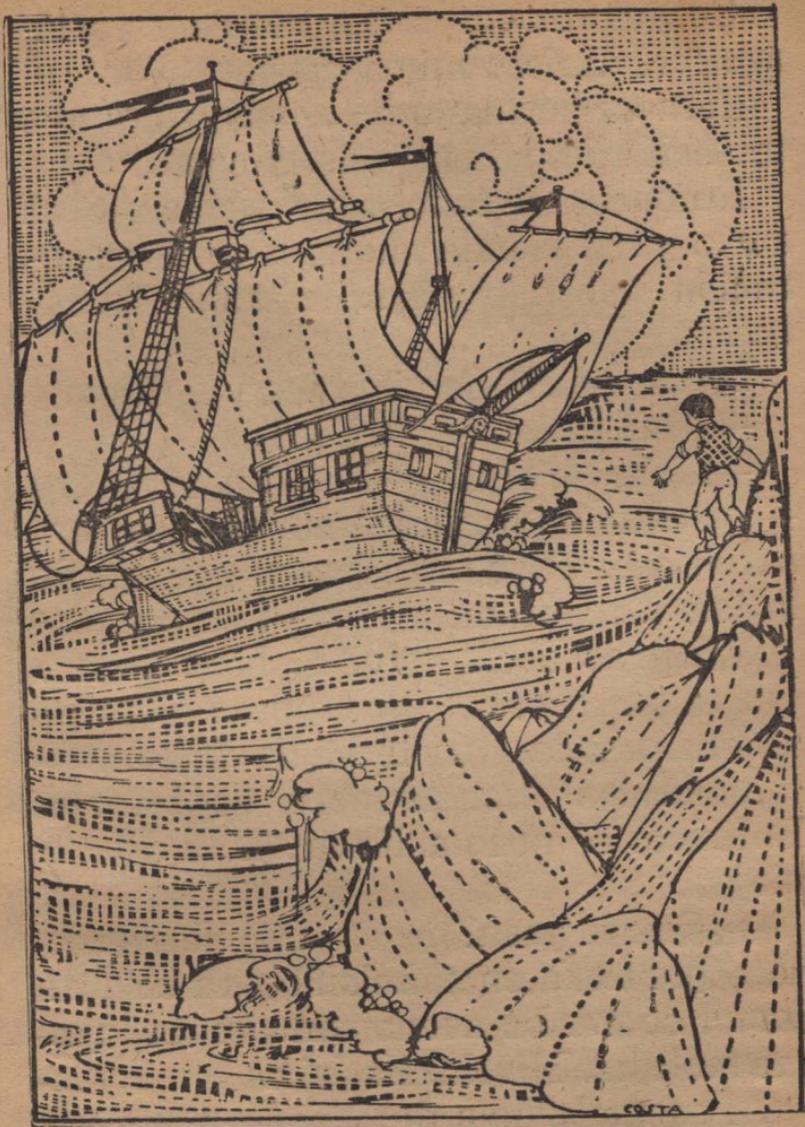
—Sube, Blanquito, sube,
sube á bordo sin temblar,
que vamos a navegar.

El niño bajó corriendo a la orilla y subió a la nave. Apenas estuvo a bordo, enfiló ésta en dirección a la isla, a gran velocidad.

VII

El hada fea

Desde su escondite, Negro había visto con desesperación cómo su cascarón de nuez se había convertido en un lindo barco. Sin perder tiempo, bajó corriendo la ladera, gritando a su hermano, que ya estaba a bordo:



Hasta tomar la forma de un magnífico barco...

—Dame mi cascarón, Blanquito. ¡Párate!... Quiero mi cascarón.

Pero su hermano no lo oyó, y la nave se alejó rápidamente de la costa.

Entonces el niño malo se arrojó al suelo y dió rienda suelta a su desesperación, llorando y arrancándose los cabellos.

En eso pasó una vieja fea y le dijo:

—¿Qué haces ahí tirado?

—Lloro de rabia —le contestó Negro —, porque mi hermano me quitó el cascarón de nuez y está ya en camino de la Isla Encantada.

Mientras decía esto, la bola de oro que tenía en el bolsillo empezó a hacerse tan pesada, que le hacía doler, faltándole las fuerzas para soportarla. Entonces se puso a llorar. Y le dijo la vieja:

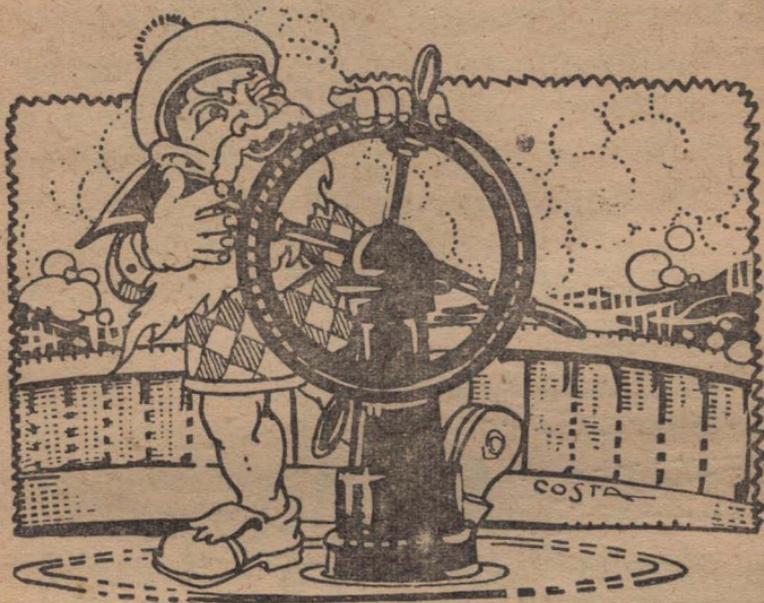
—¿Qué te pasa?

—Que tenía en el bolsillo una bola de oro, y se me ha hecho tan pesada, que me molesta. Mírela. Es ésta.

Al sacar la bola del bolsillo para enseñársela a la vieja, quedó sorprendido

al ver que había aumentado de tamaño y que en lugar de oro era hierro.

—Eso te pasa —le dijo la vieja—, por haber dicho una mentira. Si dices la verdad, prometo ayudarte.



La formaban unos enanitos...

Negro le contó su mala acción y entonces la bola adquirió su vieja forma y calidad.

—Ahora estoy dispuesta a ayudarte —le dijo la vieja—. Yo soy enemiga del hada Silvana, porque ella es joven y lin-

*En eso pasó una
vieja fea...*



da, mientras yo soy vieja y fea. Pero si consigo destruir la Isla Encantada, ella se volverá vieja y yo recuperaré la juventud y hermosura perdidas. Tú debes ayudarme a conquistar la isla, ya que

posees la bola de oro, que tiene un fuerte poder destructor cuando se la emplea con acierto.

—¿Y qué es lo que debo hacer? —le preguntó el chico.

—Debes tener coraje suficiente para salvar ciertos obstáculos que se te van a presentar. Y jamás debes desprenderte de la bola de oro, pues si llegara a poder del rey de la Isla Encantada, éste se volvería invencible.

—Soy valiente, y prometo no soltar jamás la bola de oro. Instrúyeme, pues.

—Lo primero que debes hacer es ir a ver a nuestro rey e inducirle a hacerle la guerra al de la Isla Encantada. Si consigues convencerlo, serás nombrado general y te confiará el mando de las tropas que deberán invadir la isla. Pero no olvides que tendrás por enemigos a los hombres, la tierra y el mar.

—Estoy dispuesto a ver al rey.

—Debes esperar a que el sol se ponga.

Cuando el astro rey desapareció tras la línea del horizonte, la vieja extendió un pañolón que llevaba, sobre el pasto y



Le pusieron uno de los más ricos trajes, tod



terciopelo morado, recamado de oro...

se sentó encima junto con Negro. Inmediatamente apareció una bandada de murciélagos que, agarrando el pañolón con las uñas, llevaron al hada fea y al niño malo por los aires, yendo a depositarlos en la escalinata del palacio real. Entonces le dijo la vieja al chico:

—Ahora te corresponde a ti valerte de tu astucia para triunfar. ¡Adiós!

Y al decir esto desapareció, llevada por los murciélagos sobre su pañolón.

VIII

El príncipe caprichoso

Al verse solo ante aquella casa enorme y severa, le faltó valor a Negro para entrar y hablar con el rey. Nervioso como estaba y sin saber qué hacer, se entretuvo formando montones de piedritas que juntaba en el suelo.

En eso, el hijo del rey, que era un niño mimado y enfermizo, se asomó a la ventana, y al ver a aquel chico que jugaba con las piedritas, quiso que lo llamaran para que jugara con él en su pieza.



*¡ verse solo ante
casa enorme...*

Sus padres accedieron, y Negro fué introducido en el aposento del príncipe y supo divertirlo tan bien, que el heredero del trono quiso que se quedara. Le pusieron uno de los más ricos trajes, todo de terciopelo morado recamado de oro, y fueron inseparables compañeros.

Una mañana, mientras se desayunaban con huevos, le dijo el príncipe a Negro:

—¡Qué ricos son los huevos blancos de mis gallinas negras!

—Pues más ricos son los huevos negros de las gallinas blancas —le replicó su compañero.

Entonces el príncipe les dijo a sus servidores que si en adelante no le traían huevos negros, se negaría a comerlos de otro color.

Enterado el rey, mandó emisarios a todas las regiones de su estado en busca de huevos negros, pero todos regresaron sin haberlos conseguido.

Mientras tanto, el heredero se negaba a comer, y desmejoraba a ojos vistas.

Entonces el monarca reunió a todos los sabios del país y les exigió que le dijeran dónde podía mandar a buscar los famosos huevos negros.

Después de prolongadas y laboriosas reuniones, los sabios llegaron a la conclusión de que huevos de tan raro color sólo podrían ponerlos las gallinas de la Isla Encantada.

El rey le prometió a su hijo traerle antes de un año los huevos negros, siempre que mientras tanto aceptara los de cascarón blanco.



A todas las regiones de su estado.

El príncipe se dió por satisfecho, y el rey estudió el asunto.

Aquel heredero caprichoso tenía un mirlo que cantaba muy bien. Y un día le dijo a su compañerito:

—¡Qué bien canta mi mirlo negro!

Y Negro le contestó:

—Eso no es nada. ¡Hay que oír cómo cantan los mirlos blancos! Lo hacen mejor que ningún pájaro.

Inmediatamente el príncipe le dijo a su padre que quería que le trajera un mirlo blanco.

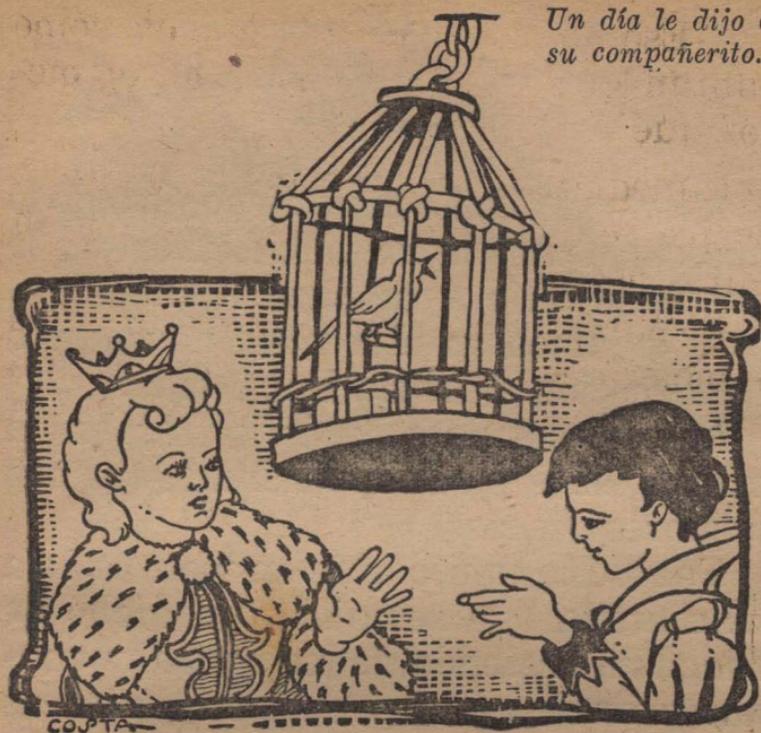
El pobre rey volvió a convocar a los sabios, quienes, después de siete reuniones, llegaron a la conclusión de que los mirlos blancos sólo podían hallarse en la Isla Encantada.

Entonces el soberano, para conformar a su hijo, decidió declarar la guerra al de la isla con el fin de invadirla y conquistarla.

Los sabios del reino volvieron a reunirse en consejo y declararon que para que la empresa guerrera en proyecto no fracasara, era necesario darle el mando de las fuerzas al poseedor de la bola de oro.

El soberano, por medio de sus pregoneros y de reales bandos colocados en los lugares de mayor aglomeración, citó al afortunado dueño de la bola de oro

*Un día le dijo a
su compañerito...*



del hada Silvana, con la esperanza de que acudiera en seguida.

Apenas Negro se enteró, se presentó ante el rey. Este no se atrevía a confiar el mando del ejército a un niño, pero, ya que lo habían decidido los sabios, a quienes siempre hacía caso, terminó por seguir al pie de la letra su consejo. Y nombró a Negro general en jefe de las fuerzas invasoras.

IX

En la isla

Mientras el niño malo disponía todo lo necesario para la expedición, veamos lo que le ocurría a su buen hermano, al cual dejamos en alta mar, navegando en dirección a la Isla Encantada.

Los enanos de a bordo lo trataban a cuerpo de rey, complaciéndolo en sus menores deseos.

Tenía Blanquito ante su vista la Isla Encantada que semejaba un globo de fuego emergiendo de las aguas, y aunque parecía que iba a llegar en pocas horas, le informaron los marineritos que debía pasar en alta mar siete meses, siete días y siete horas.

Y así transcurrieron las semanas y los meses. Y una mañana, al despertar, vió Blanquito a corta distancia la isla maravillosa, a la que iluminaban dos magníficos soles cuyos rayos se reflejaban en un mar liso como un espejo. Los árboles estaban cubiertos de lindas



Tenía Blanquito ante su vista...

y aromáticas flores; las casas tenían paredes de cristal y techo de oro y plata, y los senderos de los parques estaban cubiertos de diamantes.

En el centro se levantaba el palacio real, completamente cubierto de piedras preciosas que deslumbraban.

Ante semejante maravilla, Blanquito quería desembarcar, pero los enanitos lo contuvieron advirtiéndole que debía esperar otro día.

Aquella noche el niño se acostó en su camarote deseando que llegara la jornada siguiente, y cuando a la mañana abrió los ojos, se encontró en la isla, tendido sobre el verde césped de un campo lleno de flores. El buque y los enanos habían desaparecido. Lo único que encontró a su lado fué el cascarón de nuez.

Lo que más lo sorprendió fueron los animales que poblaban la isla, pues eran muy distintos de los que él había visto. En las ramas de los árboles cantaban en pleno día ruiseñores de plumas blancas y por el campo triscaban

ciervos negros y lustrosos como el terciopelo. También las personas eran lindas como un sol y llevaban preciosos vestidos de seda, plata y oro. Muchos de ellos, en vez de andar, viajaban por los aires en unas magníficas carrozas conducidas por pájaros maravillosos.



Se encontró vestido con un lindo traje...

Blanquito no se animaba a hablar a aquellos habitantes, aunque deseaba conocer las costumbres del país. Al fin, viendo que un joven se le acercaba mirándolo con curiosidad, se atrevió a preguntarle quién era una dama vestida de piedras preciosas que en aquel momento volaba sobre sus cabezas en un carruaje tirado por dos águilas blancas.

—Es la princesa —le contestó el joven.

—Desearía hablar con ella.

—El rey no lo va a permitir. No quiere que hable con nadie. Sin embargo ha prometido darla por esposa al que salve al país de un grave peligro.

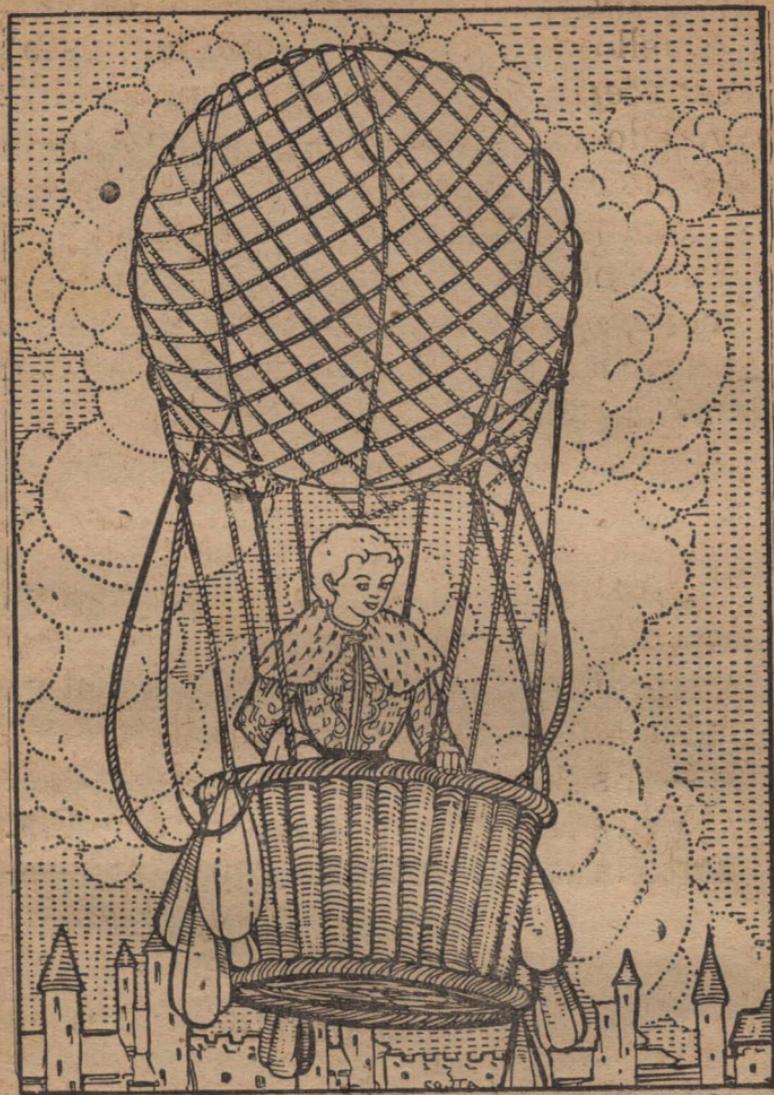
—¡Ese seré yo!

Y desde entonces se apoderó de Blanquito la idea de casarse con la princesa.

X

Ante la princesa

El niño se encaminó al palacio real, pero vió con disgusto que, a medida que



El globo ascendió y lo elevó por los aires

se iba acercando, los árboles que rodeaban la mansión crecían y crecían hasta formar una alta muralla. Miró por todos lados para ver si entraba alguien a quien poder seguir, pero todos los que iban a ver al rey lo hacían por los aires, transportados por distintos animales y penetrando por las ventanas, que se cerraban tras ellos. Así fué cómo vió regresar a la princesa.

Cuando más desesperado estaba al ver que no podía realizar su propósito, se le ocurrió pedir auxilio a la cáscara de nuez. Sacándola de su bolsillo le dijo:

—Cascarón de nuez, llévame dónde está la princesa.

Inmediatamente la cáscara se transformó en un globo aerostático, con barquilla y todo. Blanquito subió en ésta, y apenas estuvo dentro, se encontró vestido con un lindo traje lleno de estrellas de plata. El globo ascendió y lo llevó por los aires hasta una terraza donde estaba la princesa descansando.

Apenas la niña notó su presencia, dió



*Le contó que era muy
desgraciada.*

un grito de espanto; pero al reparar luego que se trataba de un lindo chico muy bien vestido, renació en ella la calma y lo invitó a sentarse a su lado. Así lo hizo Blanquito, y entablaron una animada conversación. La voz de la princesa era suave y armoniosa como una linda música. Y le contó que era muy desgraciada, pues se veía obligada a vivir encerrada en sus habitaciones sin ver a nadie.

—Yo podría venir a haceros compañía —le dijo el niño.



Que todos los habitantes de la Isla subieran a los árboles.

—Me gustaría mucho —le contestó ella. —¿Pero y si mi padre se entera?

—Como un hada me protege, no lo sabrá. ¿Y por qué vivís en un lugar tan alto que parece una torre?

—Porque mi padre el rey no quiere que hable con persona alguna hasta que haya venido un guerrero que debe salvar a la Isla de un grave peligro. Y con ese guerrero me tendré que casar.

—Os casaréis conmigo, pues seré yo quien salve a la Isla.

—Está bien, pero ahora debes marcharte, pues pronto vendrán las damas de mi servidumbre, y si te encuentran conmigo, estamos perdidos. Vuelve mañana a esta misma hora.

Blanquito subió a la barquilla del globo, y éste se puso en movimiento descendiendo sobre los árboles de un parque cercano. Cuando estaba sobre la copa de uno muy frondoso, se transformó en una blanda cama, donde el chico pudo pasar toda la noche durmiendo placidamente.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, volvió a ver a la princesa dando su acostumbrado paseo aéreo. La siguió atentamente con la mirada, y cuando vió que estaba de regreso en la torre del palacio, hizo que el cascarón de nuez se volviera a convertir en un globo. Esta vez, al subir a la barquilla, se encontró vestido con un magnífico traje bordado de oro.

La princesa lo recibió con vivas mues-

tras de alegría. Y supo por ella que un rey acababa de declarar la guerra a su padre, quien estaba muy triste porque los adivinos de la Isla le habían profetizado que si no podía poseer la bola de oro del hada Silvana, el país sería destruído.

—La bola de oro es mía —dijo Blanquito—. El hada Silvana me la mandó de regalo, y tendrá que volver a mis manos.

—Si así fuera, estaríamos salvados —exclamó la princesa—. Pero debes saber que por ahora la bola está en poder de nuestros enemigos.

XI

La defensa

Blanquito no pudo dormir en toda la noche, pensando en el peligro que amenazaba a aquel maravilloso país. Estaba dispuesto a salvarlo; pero no contaba con más recurso que la cáscara de nuez.

Al día siguiente el rey ordenó que todos los habitantes de la Isla subieran a los árboles o se remontaran con sus vehículos aéreos, para ver si divisaban la flota enemiga, con el fin de estar prevenidos para la defensa.

Ningún ciudadano dejó de cumplir la real orden. Los ricos navegaron por los aires en sus carruajes tirados por magníficas aves, y los pobres se contentaron con trepar a la copa de los árboles. Estos, como estaban encantados, crecieron tanto, que formaron alrededor de la isla una verdadera muralla que se elevaba casi hasta las nubes.



—Sin duda, estás protegido por algún hada.

Sin embargo, nadie veía la flota, lo cual se debía a que los enemigos tenían en su poder la bola de oro, que los hacía invisibles.

Pero Blanquito, que también se había elevado con su globo, vió una escuadra tan numerosa que daba la impresión de que el mar estaba cubierto de velas. Cuando se lo comunicó al rey, éste le dijo:

—Sin duda, estás protegido por algún hada poderosa. De otra manera no verías lo que nosotros no podemos ver. Y, puesto que tienes ese poder, debes protegerme del peligro que nos amenaza. Si lo consigues, te casarás con mi hija.

Blanquito, loco de contento, fué a darle la gran noticia a la princesa. Esta vez se presentó ante ella con un regio traje de guerrero. Estaba preparado para hacer frente a los enemigos.

—Me alegro que nos defiendas, y lo siento a la vez —le dijo la niña—, pues te expones a graves riesgos. Los magos de la Isla dicen que si la bola de oro no



Esta vez se presentó ante ella...

llega a estar en la torre, el país quedará destruído por completo.

—La bola de oro volverá a mis manos —replicó Blanquito—. Estoy dispuesto a afrontar todos los peligros.

—Entonces, toma esto —le dijo la princesa, quitándose una perla que lucía entre sus cabellos—. Si llegas a estar en peligro, busca la manera de enviarme esta joya, y yo haré todo lo posible por ayudarte.

Y el chico partió a la lucha.

—¿Dónde están esos enemigos? —le preguntó el rey, que seguía sin ver nada.

—Allá. Ya se aproximan —respondió Blanquito.

Y, a medida que se acercaban los barcos, los árboles iban creciendo.

El monarca dejó el mando al chico, y éste ordenó que sacudieran los árboles para hacer caer las frutas de que estaban cargados, que eran grandes y pesadas como balas de cañón, con lo que consiguió mantener a raya al enemigo. Los barcos, que ya estaban próximos a la orilla, recibieron aquel tremendo chaparrón, yéndose a pique. Los que estaban más lejos, ante semejante desastre, se detuvieron, no atreviéndose a arrimarse. Pero eran tantos, que les fué fácil rodear la Isla. Sin duda, tenían el propósito de bloquearla, cosa que, si conseguían, era la muerte de los sitiados.

El rey lloraba, y Blanquito se tiraba de los cabellos con desesperación. Lle-

gó un momento en que, considerándose perdido, pensó en caer sobre el enemigo para obtener a cualquier costa la bola de oro.

Y partió con su cascarón de nuez transformado en barco.



El rey lloraba y...

Hermano contra hermano

No tardó en encontrarse Blanquito ante su perverso hermano Negro. Tan pronto lo vió, le dijo:

—Vengo por la bola de oro. ¡Es mía!

—Vuelve a tu isla y no seas tonto — le contestó Negro, encogiéndose de hombros.

—Si no me das la bola de oro, te arrepentirás — insistió Blanquito—. ¡Es mía, y la quiero!

Entonces Negro se enfureció, lo hizo atrapar por sus hombres y ordenó que lo encerraran en la bodega de su barco, no sin antes despojarlo de cuanto llevaba, incluso la cáscara de nuez, que había vuelto a tomar su primitiva forma.

Al verse sin su único bien, el infeliz Blanquito se consideró perdido. Pero al rato notó que la bodega donde estaba encerrado tenía una ventana que daba al mar. Se asomó y vió pasar un pez, el



Volvió el pez junto a la ventana de la bodega...

cual se quedó mirándolo, mientras le decía:

—Aunque soy un pez pequeño, puedo ayudarte.

Entonces el niño se acordó de la perla que le había regalado la princesa y que no se la habían encontrado sus verdugos, y se la arrojó al pez, al tiempo que le decía:

—Lleva esta perla a la hija del rey

El pez tomó la joya con la boca y desapareció bajo el agua.

XIII

La tempestad

Después de un rato volvió el pez junto a la ventana de la bodega donde todavía estaba Blanquito asomado, y le dijo que se había introducido en el baño de la princesa y le había entregado la perla. Agregó que ella la había arrojado de nuevo al mar, diciendo que aquella era la perla de las tempestades y que sólo una tempestad podía salvar a Blanquito.



Y como la tempestad continuara...

—¿Pero de qué manera —preguntó éste—, si estoy aquí encerrado?

—Cuando la tempestad estalle, yo vendré —le contestó el pez.

Y volvió a desaparecer bajo el agua.

Instantes después el cielo se oscureció, sopló un fuerte viento y las olas empezaron a elevarse como montañas y a descender como precipicios. Los ra-

yos rasgaron el firmamento y los truenos retumbaron. La escuadra de Negro, que casi había conseguido apoderarse de la Isla, se vió desarbolada y arrojada a alta mar, perdiendo en un segundo todas las posiciones tomadas. Los marineros, aterrorizados, empezaron a largar al agua todas las cosas que consideraban inútiles. Y una de esas cosas era la bola de oro que se había hecho tan pesada que por sí sola era capaz de echar a pique el barco que la llevaba. Negro se opuso, pero la tripulación se enfureció de tal manera que aquél, acordándose de Blanquito, dijo que lo echaran al agua y que si, a pesar de eso, el mar seguía embravecido, entonces arrojarían la bola.

El niño bueno fué tirado al mar, pero con tanta fortuna que encontró al mismo pez de antes, que le dijo:

—Agárrate a mi cola, y no temas.

Así lo hizo Blanquito, lleno de ansiedad y esperanza.

Y como la tempestad continuara con más furia, Negro, para salvar la vida,

no tuvo más remedio que echar al agua la bola de oro. Apenas cayó, su tamaño se redujo a las proporciones ordinarias, con lo que pudo ser recogida por Blanquito.

Inmediatamente el mar se calmó.



Sabieron al encuentro del héroe.

XIV

La victoria

El ejército invasor, al perder la bola de oro, había perdido también su invi-

sibilidad, de manera que fué fácilmente aniquilado por la flota de la Isla.

Negro fué arrojado al mar, y antes de ser pasto de los peces, pudo ver a su hermano llegar sano y salvo a la orilla remolcado por el pececillo y con la bola de oro en la mano.

El rey, los cortesanos y la gente del pueblo salieron al encuentro del héroe, el cual fué conducido en triunfo hasta el palacio donde lo aguardaba la princesa, que le fué entregada por esposa.

El casamiento pudo realizarse aquel mismo día, pues el hada protectora del niño le concedió unos años más, de manera que se vió transformado en un lindo joven con bigote y todo.

Se hicieron brillantes fiestas, a las que fueron invitados todos los reyes de la tierra.

Antes de decidirse a permanecer para siempre en la Isla Encantada, Blanquito quiso hacer un viaje al país del cual procedía, para enterarse de la suerte de su abuelo. Después de muchas averiguaciones, se enteró que, si

bien había encontrado trabajo, el remordimiento por haber abandonado a sus nietos lo había llevado a la tumba.

Después concertó una paz firme y honrosa con el rey que había declarado la guerra a la Isla Encantada, cosa que logró sin mayor esfuerzo enviando al príncipe mimado y caprichoso los huevos negros y el mirlo blanco que habían sido el origen de la contienda.

Entonces se estableció definitivamente en la Isla, donde vivió feliz y contento con su princesa, ocupando más tarde el trono con tanta sabiduría y discreción, que hizo la felicidad de todos sus vasallos.



BIBLIOTECA INFANTIL

LA ABEJA

PROXIMO TOMO

Nº. 37

¡PIF-PAF!

Este es el cuento de un príncipe lleno de buenas virtudes pero que tenía también un grave defecto: el de la pereza. Como les pasa a muchos chicos — y también a bastantes grandes —, la holgazanería labraba la desgracia de nuestro príncipe, hasta que una niña de carácter enérgico despertó su actividad mediante un procedimiento tan enérgico como su carácter. Y los dos llegaron a ser felices.







CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

36